

Cadena, Andrés. *Fuerzas ficticias*. Quito: Eskeletra, 2014, 144 pp.

**Fernando Balseca
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**

Además de proveernos de la explicación racional acerca de las fuerzas ficticias del universo físico, el llamado de Andrés Cadena –con la literatura por divisa– es que el mundo de la vida está dominado –ensombrecido, diría él– por unos poderes de la ficción que no podemos determinar de dónde provienen y cómo operan con exactitud, pero que producen claros efectos potentes en nuestras vidas. Efectos devastadores, como la muerte o la tristeza; decisivos, como amar a una persona o empezar a odiarla; contundentes, como decir la verdad o acudir a la mentira.

Este libro obtuvo el Premio Pichincha 2012 de cuento (con un jurado conformado por Iván Égüez, Raúl Pérez Torres y Francisco Proaño Arandi) y apareció en 2013 en edición no venal; esta versión final se completa con un cuento ya publicado en *Tiros de gracia: neoficción ecuatoriana* (2012), selección y prólogo de Renata Égüez.

Fuerzas ficticias posee una rara sabiduría para un autor que nació en 1983. Cada una de sus páginas recupera y reafirma el recado –ese sí revolucionario– de la literatura, pues las historias de este libro impresionante interpelan directamente a quien las lee. Creemos que son historias sobre otros; mejor dicho, sí son historias sobre otros, pero están elaboradas con un procedimiento de secreta relojería mundana que hace que el lenguaje de los cuentos nos ponga frontalmente, de modo aterrador, ante nosotros, frente a nuestras acciones.

Una fuerza ficticia desplegada en los nueve cuentos de este volumen es aquella que impide que nos hagamos los desentendidos ante los protagonistas de estos dramas. Si la vida nos enrostra con argumentos difusos, el arte de Cadena consiste en proponernos una línea posible para desovillar los enredos en que estamos metidos a diario, precisamente por causa del lenguaje que, a la vez, nos comunica e incomunica, nos acerca y nos distancia.

Más que el amor, es el desamor un cauce temático que junta a estos nueve cuentos. En “Obra negra”, por ejemplo, nos asomamos a los sufrimientos de un hombre, la esposa, y la amante de aquel. Este triángulo nos es muy conocido. Pero, aunque este cuento no pertenece al género de terror clásico en que el miedo se genera por motivos sobrenaturales, lo extraordinario es que sentimos un pavor producido a partir de situaciones sabidas, que no las vemos en su dimensión ontológica. La trama del relato es simple, y seguramente la hemos experimentado, a lo mejor con otro soporte anecdótico: no sabemos cómo poner el desamor en palabras.

Aparentemente armado de valor, o porque la situación se ha vuelto insostenible, llega a su casa en una tarde-noche crucial. En los momentos decisivos –el “momento preciso” para decir la verdad– no miramos donde tenemos que mirar y desviamos la mirada para evitar un enfrentamiento que, a la final, resulta inevitable. El marido ha llegado al hogar y se encuentra con su esposa, preocupada, mirando a través de una ventana. Una especie de *ventana indiscreta*, a lo Hitchcock, por la cual comprobamos que la vida de los otros no ha sido más que un reflejo de la nuestra.

El relato de la escena de violencia doméstica infantil nos prepara para lo peor; la esposa, capaz de condolerse ante el sufrimiento de los otros desconocidos, será víctima de la peor violencia: el desamor de él; lo cual nos lleva al desamparo, porque en esos momentos de sólo dos no hay a quién más recurrir para no caer en el abismo. Una obra en construcción es el marco de otra obra en destrucción –el amor de pareja–. El instante de revelar que ya no hay amor para ella y que existe una amante ha llegado.

Pero hablar –lo que es hablar– ella no quiere: “Tenemos que hablar”, demanda él. “¿De?” (p. 19), contesta ella con una expresión incompleta, pura preposición que denota la cortedad de las palabras, la incapacidad de articular. La preposición es una partícula que hace depender a las palabras entre sí. Aquí, en el cuento, suelta la preposición, estamos ante una incorrección, pero no por eso deja de significar tanto. El mensaje desamorado no necesita de gramática perfecta. La tensión es tan intensa que hasta el silencio y el vacío se oyen. Otro tipo de violencia familiar impregna lo que vamos leyendo; no sólo aquella de la casa en construcción en la que el niño mayor le pega al hermano chico, la madre le pega al niño mayor, el padre le pega al hijo mayor.

Pensando en la tradición literaria ecuatoriana, este cuento podría leerse como un relato social del siglo XXI que plantea la pregunta ‘qué es la familia’ en los contextos de hoy. En última instancia, el engaño es imposible: al mirar los esposos desde la ventana, miran hacia fuera, pero lo que tienen que decirse ve hacia adentro, adentro del apartamento y también en el interior del ser de cada uno. Ambos son personajes desubicados: no saben lo que está sucediendo en lo íntimo de la persona más cercana. Y, si sospechan que el desastre y el derrumbe están por surgir, no quieren que arribe ese momento doloroso. No quieren que llegue, pero llegará gracias al poder de la fuerza ficticia de la imaginación, que puede hacer cosas reales en los cuerpos y en el destino de los humanos.

En el cuento “Ítaca”, Oliver y Sara –que tienen una hija, Martina– se han separado; él ahora trabaja en Alemania y ha regresado a Quito. Este relato también es de terror desamorado porque Oliver está enterado de que Sara ya vive con una nueva pareja. Sólo faltan los papeles del divorcio para que todo esté acabado. El narrador del cuento, gran amigo de Oliver, lo acompaña en una noche de penas en las que la celebración de la amistad no es plena debido a los ocultamientos que cada uno de los hombres guarda para con el otro.

Este cuento de Cadena es nuestro “Boca bonita y verdes mis ojos”, la espeluznante narración de J. D. Salinger acerca de la traición del mejor amigo. ¿Qué será cierto de los relatos que cada uno de nosotros anda contando y se anda contando? Muchas veces ni entre amigos fluye la verdad. ¿Pueden la falsedad, el dolor y el engaño mezclarse con el amor y no afectarlo? Este cuento es la comprobación literaria de que el amor se da en medio de la falta de certezas.

El terror no cesa ni tampoco la secuencia de tragedias. “Destiempo” trae la historia de un hombre y su mujer Clara que han viajado a Quito, desde el Mediterráneo donde residen, por la muerte de la suegra de él en un accidente de carretera. Nuevamente, hasta el dolor suena en el entierro. Para aliviar el duelo, el hombre propone a su mujer y a su suegro irse a la playa para despejar la mente y aliviar el peso del cuerpo. Lo que podía haber sido unos instantes de reconciliación con la vida, se vuelve una pesadilla, de terror repentino, con insospechables consecuencias. Apurado por llegar al destino, el hombre no chequea el estado del motor y se encuentra parado en la carretera con problemas en la máquina. Los tres personajes serán víctimas de una situación terrorífica, y cuando el hombre, abandonado solo en la carretera y sin el auto, se da cuenta de todo eso y del plagio que han sufrido su mujer y su suegro, percibe que el horror no ha terminado; antes bien, sólo ha empezado, es apenas un diminuto momento de un futuro cercano al que uno quiere llegar.

Estamos viendo, pues, cómo lo ‘familiar’ se torna desconocido y horroroso. Es la base del concepto freudiano de *lo siniestro*. El cuento “Analepsis” pone en acción a Mara y Andrés, hermanos, unidos y separados por una relación de vida y muerte, pues él, jugando, casi asfixia a su hermana 25 años atrás. El cuento sentencia que toda deuda se paga, incluso si es entre hermanos, una unión filial de la que a estas alturas del libro hay que empezar a desconfiar. El cuento “Familiar” apela a la etimología para darle otro sentido a lo que creemos familiar y cálido, y es que en el latín original, familiar era “el conjunto de los esclavos y criados de una persona”: en la relación con los otros, todos podemos ser sus sirvientes.

La prima María finge la locura, o no, debido a que mantiene una relación enfermiza y dependiente con su primo Nando, quien, después de años de ausencia en Colonia, ha regresado por una corta temporada al lar familiar de la abuela. El fingimiento es la llave de esta narración. Christine es la novia alemana que lo visitará en Quito y con quien tiene planes de boda; por eso debe “cerrar” una historia oscura del pasado con su prima hermana. Pero, en vez de clausurar sus vínculos, los primos se frecuentan cada vez más y con mayor desesperación, como si estuvieran condenados a las ilogicidades de vida y muerte, amor y odio. Con el compromiso de que cuando Christine arribe a Quito cesará toda entrega entre los primos, van a recogerla al aeropuerto. Al ver a Christine esperándolos en la puerta de salida, un destello de locura en María lo incita a elegir a su prima y abandonar a la recién llegada. Los personajes de

Cadena se ven normales y hasta pasan por buenos sujetos, pero van por el mundo causando dolor a quienes más queremos.

Muchos personajes de *Fuerzas ficticias* padecen una compulsión por mentir. En “*Ceteris paribus*”, Mía, psicóloga de un colegio, casada con Juan Carlos, le ha organizado a su amigo una cita a ciegas con Teresa, una nueva profesora. El diálogo entre los nuevos conocidos está determinado por la impostura; la conversación sirve para ocultar, no para transparentar. El hombre está dolido por un amorío de un mes con Irene, paradójicamente roto cuando él le dice que la ama. Teresa es experta en adoptar principios de la economía para entender la vida: con la ley del mínimo esfuerzo se puede obtener mucho; la economía como una manera de decidir; el costo de oportunidad consiste en evaluar lo que se deja de hacer debido a que se toma una decisión económica. En el análisis surge la pregunta: qué pasa si este elemento varía y los otros se mantienen iguales; el drama del hombre del cuento se parece al de la economía, pero al revés: él está igual y todos han variado. Él lleva a Teresa a la cama, pero siente que Irene es quien entra a casa. Es tan difícil estar con quien estamos.

En “Persecuciones” C sigue, en un viaje hacia la costa, las huellas de Anne, que ha huido, pero en realidad él va dejando mensajes amorosos en papeles doblados tres veces. Dos hombres persiguen a Anne, pero da la impresión de que ella es quien los está buscando, pues C y Anne han tenido un amorío lleno de promesas. La perseguida es quien persigue. Algo falló entre ellos, pero él sigue buscándola. Para eso ha ‘secuestrado’ al dueño del auto Cherokee porque C todo lo interpreta a través de los números, y los dígitos de la placa vehicular para él tenían un sentido oculto. ¿Quién busca a quién? ¿En qué límites somos capaces de ponernos para dar con alguien? Son cuestiones que nos retan para dar forma a las búsquedas que emprendemos.

El relato “Fuerza ficticia” toma un concepto de la física –un fenómeno que se percibe pero que en realidad no existe– para explicar la vida emocional de los humanos. Un escritor se ha ido a vivir con Claudia. Él batalla por escribir *el* cuento, cuyas pequeñas luchas por elegir un tema y una forma atestiguamos. Las casualidades, los detalles, la vida como ilusión son temas que el autor del cuento se propone enfrentar. Pero nada se entiende si no se conecta con algo más. Vivimos en lo inexplicado, en el absurdo. El epígrafe de Mario Levrero es preciso para hacernos dar cuenta de que, como escritores o lectores, no buscamos argumentos para el cuento, sino para dar con nosotros mismos. La ficción domina nuestros actos y las decisiones que creemos soberanas.

“Reducción al absurdo” es un cuento que muestra, una vez más, las potencias de la ficción. El papá de Pedro está casado con Blanca. Julia se ha separado por una traición de Armando, y, frente a ese acontecimiento, ella no puede perdonarlo ni olvidar. Por su parte, Blanca tampoco puede perdonar que su niño Pedro casi se ahogara en una piscina mientras su marido lo cuidaba. Aquí lo ‘familiar’ es estar atrapados por el deseo. En el drama de Julia y Armando el mal en sí no es la traición, sino dejar de

pensar en el otro, en abandonar al otro desde el sentimiento. Lo que no se puede olvidar es que alguien sea transformado en otra cosa debido al desamor. Consumido por la imaginación, el padre de Pedro va elaborando, casi en una faceta delirante, una historia en que Armando y Blanca han tenido amoríos previos. Por momentos, él se va autoconvenciendo de que ellos son los verdaderos mentirosos, los que ocultan algo. Son meras suposiciones de quien parece perturbado. Por eso, a lo mejor en un segundo de lucidez, no se propone ni perdonar ni olvidar, sino “sepultar las cosas bajo tierra quemada” (p. 142). En estos dramas de parejas no existe el perdón, peor el olvido. Así en la literatura como en la vida.

El pulso narrativo de *Fuerzas ficticias* está potenciado por un manejo sugestivo de la metáfora: “la textura aterciopelada de la amistad” (p. 25); “encendió la luz de su veladora con un clic que fue como un clavo hiriendo la calma de la noche” (p. 31); “la marea inútil que suele ser la memoria” (p. 38); “como si la oscuridad de una gigantesca mantarraya se hubiese posado en el recinto de la velación” (p. 68); “dando un imperceptible brinco, como si alguien hubiera cantado el número faltante en su cartilla para completar el bingo” (p. 83); “el chasquido acuático de frutas explotando contra el suelo” (p. 86); “Mis ideas se superponían como ruidos de insectos en la noche que era mi mente” (p. 132).

Andrés Cadena recupera la pasión por contar y escuchar historias. No hay efectismos ni tecnicismos de moda de más en las narraciones de *Fuerzas ficticias*. Todas son pulcras, limpias de lo innecesario, y revelan lo justo para que los lectores se internen en los bosques de la ficción. En este libro Cadena es un escritor sobrio y poderoso, que invita al lector para que se asome a su propio horror, pues, ya lo sabemos, este anida no en los otros sino en uno mismo. Para corroborar esto bastará pensar en los actos crueles que hemos sido capaces de ejecutar a lo largo de nuestras vidas. La literatura de ficción sería, entonces, una de las múltiples posibilidades para salir airosos del infierno en que con frecuencia se tornan nuestras horas. *Fuerzas ficticias* es literatura pura, de lo mejor que en narrativa corta se está escribiendo en lengua española, sólida como una roca, pues sus cuentos pueden hacernos modificar las ideas que teníamos sobre muchas cosas. Y nos golpean.